EL ECO DE CARTAGENA

ANO XLIII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 12495

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En la Península —Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Administración y Redacción, Mayor 24
JUEVES 2 DE JULIO DE 1903

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

El Arsenal
de la Carraca

Tremendo es el conflicto en que se encuentra San Fernando. Como si no bastaran las huelgas que mantienen en toda la provincia gaditana agitación muy honda, viene ahora á duplicarla la clausura del arsenal.

Por la mala confeccion del presupuesto ó por que al formarlo hubo ya el propósito de llegar al momento presente, para echarle la llave y cerrarlo, se ha producido un desasosiego tan grande que no sería extraño que se alterase el orden.

De todo eso es causa la eterna imprevisión. No parece si no que nuestros gobernantes gozan el mónopolio de hacer las cosas mal.

No creemos que haya proposito deliberado de clausurar el astillero, declarandolo definitivamente en semejante situacion; pero sí que no se ha sabido resolver el problema ó que no se ha querido solucionarlo en mejores condiciones, en las que se resolvio en este arsenal al terminar la guerra.

Había aquí maestranza extraordinaria, casi mil obreros admitidos cuando el tiempo apremiaba para alistar buques y fabricar elementos de guerra; y cuando esta terminó, hubo que pensar en despedirlos. De querer sostenerlos se habia de producir lo que hoy lamenta Cadiz: el agotamiento de la consignación de la maestranza y el paro total de esta. De intentar despedirlos de una sola vez, se crearía una situación peligrosa, pues sobre ser el hambre mala consejera, es temible cuando es colectiva. Había que despedir mil hombres que representaban mil familias y eso equivalía á echar en brazos de la desesperacion cuatro mil criaturas.

Y se despidieron con el menor daño, una semana veinte, la siguiente treinta, la inmediata veinticinco y así sucesivamente, dándose el caso de no tener que despedir los mil, si no un número bastante menor. Los demas, hasta completar aquella cifra, se fueron voluntariamente, previa la busca y hallazgo de trabajo en los talleres de la población. De este modo quedo en el arsenal el número de obreros necesario y los despedidos poco á poco fueron encontrando donde colocarse, en la localidad o fuera de ella.

Eso es precisamente lo que ha debido hacerse en la Carraca, pero no se ha sabido o querido hacer y de ahí el conflicto que se ha presentado y el disgusto horroroso en que coinciden con los obreros despedidos las autoridades y la poblacion en general.

Dicese ahora que no tiene solucion el problema. Puede que sea verdad.

La solución estaba indicada antes de ahora por el procedimiento que hemos manifestado.

Ahora es tarde, pero algo habra que hacer para devolver la paz a los espiritus.

MICROSCÓPICAS

¿Que la humanidad es mala? ¿Quién lo dice? Alguno de esos séres que se pasan la vida mortificando al prójimo y cuya alma no estuvo jamás en relaciones con los sentimientos delicados.

Para noble ese infeliz preso que iba custodiado por la guardia civil en el tren siniestrado en Najerilla. Murieron sus guardianes y se quedó solo, en libertad...

Pero dejemos hablar al testigo de su acción nobilísima:

«De pronto, trepando por los carruajes destruidos, apareció en el fondo del rio Najerilla un desconocido que llevaba sobre los hombros un cadáver horriblemente mutilado y arrastrándolo como buenamente podia, llevaba también á un viajero con profundas heridas, que derramaban abundante sangre.

Aquel desconocido, apenas hubo dejado en tierra su triste impedimenta, volvió al lugar de la catástrofe y, sin descansar ni sentir desfallecimiento, salvó la vida de otros varios viajeros.

Era el anónimo héroe un preso que llevaba en conducción una pareja de la guardia civil.»

Un preso, sí; un hombre que había cometido un delito; un sentenciado por los tribunales á vivir como el pájaro dentro de la jaula. La desgracia mató á sus guardianes y al encontrarse libre para huir, se vió detenido por cadenas más nobles que las del presidiario: las de la caridad.

Ni le conozco, ni sé como se llama, ni dicen los periódicos el delito porque se halla preso. ¿Qué importa? Cualquiera que sea, lo borra la meritísima labor que ha arrancado á la muerte muchas vidas, poniendo de relieve que ese preso que por amor al prójimo renuncia á ser libre, es todo un hombre. Más noble y más bueno que muchos que presumen de hidalguía y bondad.

Raul.

La catástrofe de Cenicero

De «Las Noticias» de Barcelona copiamos el siguiente relato hecho á dicho periódico por un viajero que iba en el tren siniestrado en el puente de Torre Montalvo.

«He aquí lo que refiere uno de los supervivientes de la catástrofe, joven dependiente del escultor D. Juan Riera, que tiene su taller en la calle de Ripoll, número 4.

El afortunado expedicionario ha venido ayer mañana, procedente de Oviedo, en donde estuvo para colocar unas figuras escultóricas en una casa de religiosas.

El joven fue de los poquísimos, quizá el único, que salieron completamente ilesos.

Así se expresó:

«—Fué una catástrofe espantosa; de lo más horrible que pueda nadie figurarse.

El puente se hallaba resentido, y al peso del tren se rompió. Iba el ferrocarril con más velocidad que nunca porque llevábamos hora y media de retraso y había necesidad de desquitarla.

Al entrar el tren en el puente sonó un crujido espantoso. La primera máquina, que llevaba mucha presión, aumentó la velocidad para salvar el peligro; pero el puente quedó torcido y la segunda máquina tropezó en la rotura y no pudo seguir.

Inmediatamente el puente se desplomó y el tren quedó en el aire haciendo una pirueta indescriptible; fué un segundo que no se lo puedo describir.

Después cayó el tren y hubo un minuto de silencio.

Yo, que había cerrado los ojos con espanto, los abrí y me hallé en un triángulo formado por las dos paredes de mi departamento, que se había juntado por la parte superior.

El coche quedó plegado como un acordeón; la techumbre no estaba.

Salí entre un estrépito de alaridos y de gritos espantosos.

Aquello era un tinglado; un montón de jaulas; la sangre salía por entre las astillas de la madera, como por un colador.

Vi una vieja chorreando sangre, con el brazo derecho colgando; corría buscando á su hijo, á quien halló atravesado de parte á parte por una varilla de hierro; le salía por la espalda.

Otro tenía aplastado el cráneo, pero vivía. Por cierto que cuando le fueron á sacramentar se irguió con arrogancia, y no quiso.

—¡Soy librepensador!

Dió un estirón y quedó muerto. Era un hombretón como un gigante.

Después vi á dos sacerdotes abrazados y muertos.

Una joven estaba con el vientre abierto.

Luego añadió

No es cierto eso de que nos socorrieran en seguida, no. Pasaron muchas horas hasta que llegaron auxilios. Y mientras, la gente se iba muriendo....

Yo estoy espantado. No comprendo cómo me salvé. Todos, todos, resultaron heridos. ¡Como que algunos vagones estaban plegados como libros!

Verá usted, yo creo que mi salvación es un milagro.

Las monjitas de Oviedo quedaron muy satisfechas de mi trabajo, y, al marcharme, me dijeron:

-Marche usted tranquilo, jóven; no le pasará á usted nada. Ya le rezaremos á la Virgen por que llegue usted á Barcelona con bien.

¡Y he llegado!»

LA SITUACIÓN VINÍCOLA
EN FRANCIA

La flojedad en los precios viene notándose de algunas semanas á esta parte y la calma en las transacciones que parece se acentúa de más en más, han sido suficientes para que el comercio entrara en desconfianza respecto al sostenimiento de los actuales precios en los vinos de la próxima recolección y que nadie compre más que para las necesidades precisas del momento.

Es verdad que los fríos de Abril ocasionaron grandes perjuicios en muchos viñedos y particularmente en el Hérault, Aude y Pyrénées-Orientales, pero también es verdad que en la Gironda, Borgoña y muchas otras partes del Oeste y Centro los males se han exagerado, como hemos tenido ocasión de ver recientemente.

No es menos cierto tampoco que la futura recolección será reducida, pero quizá no tan pequeña como se había pronosticado y que nosotros creimos por haber visto, á raiz de los hielos, el desastre que se produjo en muchos viñedos del Hérault. Pero nuestra opinión ha cambiado un poco después de contemplar el estado relativamente floreciente de las viñas de muchos de-

Probad el Licororo de HENRI GARNIER y C.ª

Aconsejaría á Cesarina que no entregase tan pronto á las fiestas esta casa, que le era sagrada hace un año, y la haria prometer clausura siquiera por un año más. Lo que prometa lo cumplirá, pero no la privaría entretanto de reuniones íntimas, sin las cuales su vida es demasiado austera. La soledad, la reflexión constante, tienen para ella más peligros que las diversiones. Tiene un espíritu de oposición marcado, y ¡quién sabe si al separarla del mundo en absoluto la haríais amante desenfrenada de la sociedad!

Mr. Dietrich se despidió de mi con aire preocupado. La opinión que de él tenía su hija y que yo no creí deber ocultarle, le daban mucho en que pensar, y al día siguiente reanudó conmigo en estos términos la conversación:

—No le he dirigido ningun reproche,—me dijo;—he fingido no apercibirme de nada y no he necesitado arrancarle la promesa de que no se hallará durante un año, porque ella misma se ha anticipado á mi deseo. Me ha referido lo ocurrido anoche, ha lamentado la confesión de que había prometido abrir los salones, y me ha suplicado que no lo permita, y así no he tenido más que aprobar en vez de reñir. Siempre lo arregla del mismo modo.

—¿Y creéis que será siempre así?

—No hay duda,—dijo el pobre padre con abati-

que se propone, que es la moderación. Vos no la conocéis, mi querida Paulina, es apasionado de la familia, amante de los negocios con furor, que en cada efecto encuentra una lucha, en cada episodio un desafío contra la naturaleza; sus pasiones no le hacen dichoso, porque las siente sin quererse entregar; se cree más fuerte que ellas y este es el error eterno de su vida. Mi madre no se dejaba engañar, ni yo tampoco; quedará poco contento cuando sepa lo que ha pasado, lo sé, pero no tendrá más que aceptarme por su hija tal cual soy, esto es, un ser que tiene pasiones ó que por lo menos está en víspera de tenerlas. Hoy no sé si la vista de este baile me alegra ó me lastima, no sé si tendré un placer en presenciar fiestas que hacian el encanto de mi infancia, ó me serán odiosas. Pero si no tengo esa afición tendré la de los viajes ú otra cualquiera, pero tendré alguna.

Vinieron á interrumpirnos, porque buscaban á Cesarina para despedirse, y ella quizá para desembarazarse más pronto de la alegria enojosa de sus amigas, convino con ellas en un baile para el año próximo.

—¡El año próximo! Dentro de quince dia!—exclamó Mr. Dietrich.

—No tengo nada que ver; nó he de dar órdenes... consejos en vuestra casa.

—Pero tendréis una opinión; ¿que haríais en mi lugar?

Los pies de las otras se deslizaron sobre la alfombra, y aunque Cesarina no invitó á bailar, se bailó con gran alegría de Herminia y gran asombro de los criados, separándose todo animados con la promesa de un baile para fin del invierno.

Mr. Dietrich estaba ausente; hacia frecuentes viajes á su propiedad de Mireval. No le aguardábamos hasta el dia siguiente; la casualidad quiso que, apresurada su vuelta por un negocio urgente, llegase al otro dia á las siete de la mañana, cuando los criados, que se habían acostado tarde, no habian tenido tiempo de reparar el desórden de las habitaciones.

Mr. Dietrich no despertó á nadie; pero ántes de entrar en su cuarto, guiado por el portero, quiso darse cuenta de por qué se levantaban tan tarde en la casa, y dió una vuelta por ella, entrando en la sala donde había principiado el baile, y después al gran salón que habían invadido las parejas en su voluptuoso torbellino.

Habíanse encendido las bugías que quedaron mediadas en las última fiesta, dispuesta por Mad. Dietrich, y aun sobre las mesas se veían bandejas con cristal y porcelana en que se habían servido los dulces y helados.

Mr. Dietrich sintió oprimírsele el corazón y se dirigió á mi cuarto á escuchar si me había levantado. Lo